

FERRER, Anacleto; SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente (ed.)

El infierno de los perpetradores. Imágenes, relatos y conceptos

Barcelona, Edicions Bellaterra, 2019, 341 pp.

Francesc J. Hernández

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

francesc.j.hernandez@uv.es

En abril de 2019, el proyecto Event Horizon Telescope (EHT) consiguió la primera fotografía de un agujero negro, lo que, en cierto sentido, resulta un oxímoron. No es posible ninguna «escritura de luz» de aquello que, por su índole supermasiva y compacta, precisamente capta y retiene la luz. No hay imagen de lo negro. Los investigadores del EHT aguzaron el ingenio y construyeron una especie de telescopio virtual gigantesco, utilizando la técnica de la interferometría con ocho radiotelescopios, esparcidos por toda la superficie terrestre, y combinando los resultados con un *software* procedente de los *gamers*. Al fin, disponemos de una imagen de lo infotografiable.

Traigo a colación este logro científico porque el libro *El infierno de los perpetradores* también pretende una escritura de lo no escribible, de lo indescriptible. La perpetración no es un fenómeno social que se pueda aprehender, sino el agujero negro al que se precipita toda pretensión de concebir la lógica de la conducta humana para, desde ella, conferir sentido a la historia, porque, como constata la introducción del libro, «el acto de perpetración, sobre todo cuando es repetido, conserva algo de misterio y resulta, en último análisis, inextricable», como dice en la página 45. La víctima gira en torno al eje cartesiano del sufrimiento: ese es el núcleo de su comprensión. Pero el victimario, en la

«zona gris», se prodiga en un rosario de intervenciones: prepara la perpetración con un sinfín de dispositivos de clasificación y desprecio; la ejecuta con motivación variopinta; y, después, frecuentemente la trivializa, la disimula, la invisibiliza o la justifica para acarrear con su recuerdo.

El infierno de los perpetradores recoge, además de una amplia introducción que se comentará más adelante, una docena de contribuciones a un simposium internacional sobre el tema, auspiciado por el proyecto de Investigación y Desarrollo: «Representaciones contemporáneas del perpetrador de violencias de masa: conceptos, relatos e imágenes», y es esta triplicidad la que organiza el libro. La primera parte, sobre los conceptos, se titula precisamente «Pensar y juzgar», en una especie de guiño a la distinción kantiana: aunque el mal absoluto parece eludir los límites del juicio, es preciso pensarlo. Más aún: reflexionar sobre él, para evitar su repetición, se convierte en el único imperativo categórico, como afirmó Adorno. La existencia de los victimarios viene postulada por la de las víctimas, cuya caracterización «biográfica» remite, en última instancia, al sufrimiento, el elemento común, la evidencia definitiva, el lecho rocoso en el que ha de principiar cualquier pensamiento sobre la perpetración. A esta caracterización de la víctima

del sufrimiento dedica el profesor Gabriel Gatti el capítulo primero de la obra. Se trata también, como analiza el profesor Benno Herzog en su contribución, siguiendo la estela de Axel Honneth, de un sufrimiento de índole necesariamente social que conlleva dinámicas de silenciamiento e invisibilización y que moviliza un nuevo arsenal jurídico para aprehender el carácter extremo de la maldad, como detalla la profesora Cristina García Pascual. Los perpetradores han sido tratados por la denominada justicia transicional de tres maneras: como sujetos que deben ser sancionados en el marco del derecho penal por cometer las acciones más graves, como individuos que deben ser recuperados según una justicia restaurativa y como sujetos que pueden ser utilizados en la elaboración de un relato colectivo que afiance la sociedad democrática. Los tres capítulos coinciden en señalar que toda víctima sufriente lo es por la acción de un perpetrador y en indicar la índole aporética de su conceptualización; pero ello no se convierte en expediente para detener la reflexión, sino, al contrario, resulta un acicate para enfrentar la biograficidad del sufrimiento, su materialidad.

La segunda parte del libro recoge cuatro capítulos: dos referidos a perpetradores en la Alemania del *Führer* y dos a los de la dictadura chilena de Pinochet. Se abordan diferentes figuras, pero también sus ficciones, sus fingimientos. El profesor Jesús Casquete presenta un exhaustivo repaso de la colaboración entre la jerarquía y los pastores protestantes con el régimen nazi, una iglesia «parda», en la que se llegó en algún caso, como el del pastor Walter Hoff, a bendecir la perpetración, que prepararon en una serie de ceremoniales (como bodas o funerales) y con una progresión iconográfica bien representativa que resultaría «decisiva». El profesor Arturo Lozano reconstruye el caso de Franz Suchomel, guardia en el campo de exterminio de Treblinka, que fue entrevistado por Gitta Sereny para su ensayo *Au fond des ténèbres* y filmado por Claude Lanzmann en su documental *Shoah*. Esa duplicidad de testimonios permite perfilar mejor a este individuo siniestro, otear el abismo en el que pulularon estos administradores del crimen. Respecto a la perpetración en la dictadura de Pinochet, el profesor Jaume Peris comenta el caso de mujeres de la resistencia convertidas en colaboradoras

de la policía política, la DINA, y con ello en agentes de la represión, como el caso de Alejandra Merino y Luz Arce, profundizando en los procesos psicológicos (desarticulación y rearticulación) y los espacios de ambivalencia entre víctima y victimario. La profesora Daniela Jara analiza dos documentales también sobre el período de la dictadura y la posdictadura en Chile: *El pacto de Adriana*, que aborda el doloroso esclarecimiento intergeneracional, y *El color del camaleón*, que revisa los límites de la memoria familiar de la perpetración.

La tercera parte del libro, que se refiere a las imágenes de la perpetración y se titula «Miradas y representaciones», recoge cinco capítulos, tres de ellos relacionados con la barbarie desencadenada en el régimen nacionalsocialista. El profesor Anacleto Ferrer analiza cuatro series de imágenes fotográficas tan fragmentarias como inquietantes: los fotogramas del andén de Westerbork, en el que los deportados eran clasificados en su tránsito a Auschwitz, utilizadas por Harun Farocki en un documental reciente; las fotografías del Álbum de Auschwitz, custodiado en Yad Vashem, también realizadas en los tétricos andenes; las extraordinarias, por inhabituales, imágenes de incineración de cadáveres en Auschwitz-Birkenau; y, por último, el álbum del Obersturmführer de la SS Höcker, con escenas de camaradería de los perpetradores. Series de imágenes donde las miradas de víctimas y victimarios se entrecruzan fugazmente con las de los espectadores actuales. El profesor Rafael R. Tranche profundiza en este cruce mediante un análisis detallado de las películas sobre el descubrimiento de las tropas aliadas del campo de exterminio de Bergen-Belsen y las primeras medidas que tomaron con los cadáveres apilados para evitar la proliferación de epidemias. Se comentan detalladamente las características castrenses y cinematográficas de las diferentes iniciativas (unas compuestas de imágenes y otras con el aporte del sonido) y los resultados basados en la iconografía de los campos de exterminio en los días posteriores a su liberación. El profesor Alberto Sucasas comenta los dispositivos mentales con los que los perpetradores se enfrentaron a sus actos criminales (como la sublimación épica y la compartimentación de la psique) y pondera detenidamente los testimonios escritos y audiovisuales sobre la inquietante figura

de Albert Speer, de psicología tan fascinante como abisal. Los dos últimos capítulos tratan también de las representaciones de la perpetración pero con una aproximación poco habitual. La profesora Susanne C. Knittel repasa varias iniciativas recientes de *reenactment* (recreaciones teatrales), dirigidas por Milo Rau, así como declaraciones de perpetradores o reconstrucciones de sus juicios, unos montajes escénicos o mediáticos que interpelan al espectador de una manera singular. Por último, el profesor Vicente Sánchez Biosca reflexiona sobre la mirada del perpetrador y su realización de fotografías inmediatamente anteriores a la ejecución en el S-21 (uno de los *killling fields* del régimen de Pol-Pot), sobre las instantáneas de torturados y torturadores en Abu Ghraib y las imágenes del Daesh, que son enigma y velo, que muestran y esconden a un tiempo la práctica de la perpetración con una frialdad que sobrecoge.

Como se ha mencionado, los profesores Ferrer y Sánchez Biosca, directores del proyecto de investigación, firman una amplísima introducción que enmarca adecuadamente los doce capítulos del libro. En ella se repasan tanto los hitos teóricos de la consideración de la perpetración, la que se expresa paradigmáticamente en el epónimo Auschwitz (incluyendo el comentario de los procesos judiciales más notables: Núremberg, Jerusalén, Fráncfort, etc.), como las líneas de investigación sobre la conversión de «hombres grises» en asesinos de

masas y las facetas que la perpetración adopta si la contemplamos desde el prisma cultural. Se comentan tanto las aportaciones clásicas como las fuentes más recientes. Además, los editores han acertado al producir un difícil equilibrio entre, por un lado, las aportaciones referidas a los campos de exterminio nazis, en los que la problemática de la perpetración se determinó de manera clásica, y por otro lado la presentación de otros escenarios no menos terroríficos, como las dictaduras latinoamericanas o los *killling fields* camboyanos, con referencias también, por ejemplo, a la dictadura de Ceausescu o las torturas de la CIA en Irak.

Los capítulos del libro componen un mosaico con escasos solapamientos (más allá de las inevitables referencias, por ejemplo, al juicio a Eichmann o al documental *Shoah*), que, huyendo de la mera reflexión, se orientan más bien a presentar investigaciones de amplio calado. En este sentido, la obra es tanto una introducción general y extensa, como un conjunto de contribuciones especializadas, sumamente elaboradas. El lector no puede evitar el regusto amargo que dejan los estudios sobre la perpetración o el sobrecogimiento que producen algunos relatos o algunas imágenes, pero acaba satisfecho de la fotografía que se acaba componiendo de ese «agujero negro» de la humanidad, en el doble sentido del término.

